

LA MISTERIOSA PELEA DE COMIDA

Era un mediodía cualquiera, y los alumnos de Corazonistas estaban comiendo en la cafetería. Un profesor estaba vigilando, como de costumbre, a los niños para que no armaran alboroto. Entonces le llamaron por megafonía, y tuvo que dejarlos solos, pero seguro que no pasaría nada porque parecían tranquilos.

Le llamaron para una pequeñez, y volvió a la cafetería en menos de cinco minutos. Pero su sobresalto al entrar en ella fue mayúsculo, porque todo estaba patas arriba: las paredes llenas de comida, las bandejas por el suelo, vasos y platos rotos, niños por debajo de las mesas, los cocineros se habían refugiado en la cocina, las sillas volcadas, etc. El profesor, que se llamaba Carlos, no cabía en sí



de enfado. Con un grito, consiguió que todos pararan como si le hubieran dado a pause a una peli. Todos salieron en tropel muy asustados, porque era el profesor más severo del colegio. Pero entonces entraron por la otra puerta dos chicos que se estaban lanzando espaguetis a la cara, y como acababan de llegar, no se habían enterado de nada y se

sorprendieron como el que más al ver al profesor y la sala vacía tan llena de alborotados niños hace un rato. El profesor descargó su furia con ellos, olvidándose de los demás, y haciéndoles limpiar ellos solos la gran cafetería. A pesar de haberse calmado un poco, Carlos no podía quitarse una pregunta de su cabeza: ¿quién habría empezado la pelea?

Decidió investigar por sí solo, como hacía de pequeño cuando era reportero de la revista del colegio. Empezó por los cocineros. Pero sólo encontró a la pinche de la cocinera, y, aunque ésta no le dio mucha información, le ayudó bastante en su investigación. Lo que le dijo fue: “Pues verá usted, la cocinera me había encargado que fuese a reponer leche en la nevera, pero encontré la puerta de la habitación en la que estaba, cerrada. Tras empujar con todas mis fuerzas, logré abrir la puerta y oí un ruido de pasos que se alejaban precipitadamente. Vi que la puerta de la nevera estaba abierta, pero al ver en su interior, no vi nada fuera de su sitio, o que faltara algo. Dejé la leche y volví a la cocina. Entonces vi el desastre de cafetería que quedaba, y los descontrolados chicos. Espero que le haya servido de ayuda lo que le he dicho.” Aunque no lo creyera, le había ayudado mucho. Fue a la habitación donde estaba la nevera, y la inspeccionó. No encontró nada sospechoso pero al abrir la nevera, encontró el bote de ketchup muy sucio por la tapa. “Como si alguien hubiera intentado abrirlo y hubiera explotado. En ese

caso, el culpable debe de tener el jersey manchado de tomate.” En ese momento fue cuando recordó que había manchas de ketchup por las paredes de la cafetería. Cuando iba por los pasillos, oyó una conversación sospechosa. Decía que había sido buena idea lo de la “sorpresita” de ayer. Decidió seguir al chico que lo había dicho y éste le llevó hasta su taquilla. Entonces vió cómo sacaba de su taquilla un jersey lleno de manchas de ketchup. Una terrible idea le vino a su cabeza, el jersey no era de ese chico, sino de su hijo, que estudiaba en el colegio. ¡Se negaba a que pudiera ser su hijo! Si parecía tan bueno, pero quizás le había engañado todo este tiempo. ¡Eso sería horrible! Pero luego descubrió que su hijo fue a pedirle el jersey a ese niño. Ahora no cabía la menor duda de que era el.

Fue a decirle al director que había sido su hijo el causante de la pelea de comida. El director, que al principio no daba pie a lo que decía el buen profesor, tuvo que creerle cuando le dijo que había sido su hijo. ¡Ningún padre podría inventarse eso! Así que el director convocó a todo el colegio, incluidos los profesores, cocineros... para anunciar que sabía quién había empezado la pelea de comida. Y dijo así: “Habéis de saber que he averiguado gracias a vuestro profesor Carlos, quién empezó la pelea de comida. No tengo necesidad de decíroslo porque el culpable se delata a sí mismo. Y era cierto, Diego, (el hijo de Carlos), estaba con la cara roja de vergüenza. Además del castigo impuesto por el director, fue castigado por su padre en casa y reprendido en público. Supongo que adivinaréis que aprendió la lección, y no volvió a hacer trastadas en mucho tiempo.

Carlota Larumbe 2º ESO

